

JOÃO CERQUEIRA

La tragedia de Fidel Castro



La tragedia de Fidel Castro

COLECCIÓN
LITERADURA

João Cerqueira

La tragedia de Fidel Castro

Traducción de Marina Alonso



Primera edición: octubre de 2016

Título original: *A tragédia de Fidel Castro* (2008)

© João Cerqueira, 2008, 2016

© de la traducción: Marina Alonso, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-945526-5-6

Dep. Legal: M-33040-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La conversión de Castro*, © Gian Luca Luisi, 2016

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

**Ganador del Premio Beverly Hills Book 2014
en la categoría Ficción Multicultural**

**Ganador del Premio USA Best Book 2013
en la categoría Ficción Multicultural**

**Finalista del Premio Beverly Hills Book 2014
en la categoría Ficción Literaria**

**Finalista del Premio USA Best Book 2013
en la categoría Ficción Histórica**

Nominado a la Montaigne Medal 2014

**Ganador del Premio Global Ebook 2014
Obra de Fantasía de Marco Histórico**

La tragedia de Fidel Castro fue elegido «libro del mes» y «libro del año» por la revista *Os Meus Livros*

Novelas como La tragedia de Fidel Castro son los mustangs indómitos de la ficción, que, a diferencia de la mayoría de los demás libros, corren libres y salvajes, desdeñosos de la reclusión en que el corral de la tradicional clasificación querría encerrarlos.

THE AMERICAN CULTURE

La novela de João Cerqueira es un análisis enérgico, estafalario y extremadamente inteligente sobre dos líderes muy bien ficcionalizados.

BULLET REVIEWS

La tragedia de Fidel Castro es una muy recomendable lectura para aquellos a los que les gusta leer sobre la historia alternativa y la religión; no se lo dejen escapar.

MIDWEST BOOK REVIEW

La tragedia de Fidel Castro es una fantasmagórica odisea a través de un universo prosístico de descubrimiento e investigación altamente imaginativo. Es un realismo mágico híbrido con corderos de sacrificio y revolución, decadencia capitalista y consecuencias celestes. ¡Espero que esta rica y única voz narrativa ilumine una trayectoria fosforescente en los anales futuros del Mundo de la Literatura del Nuevo Milenio!

MARK SPITZER-editor de la **TOADSUCK REVIEW**, profesor de Escritura en la **UNIVERSIDAD DE CENTRAL ARKANSAS**

El efecto balancín y una trama divagatoria es lo que le impiden ser una obra genial; tal y como es, debería convertirse en una novela de culto.

INDIEREADER

Los fans de Rushdie y de autores similares encontrarán mucho de que disfrutar en esta novela.
MELBOURNE REVIEW OF BOOKS

La tragedia de Fidel Castro es una excelente lectura a la vez que es sorprendentemente divertida.
BOOKIDEAS

Una estupenda novela que comienza como una sátira y termina siendo una obra de profundas reflexiones sobre el bien y el mal.
EL NUEVO HERALD

Una vertiginosa demostración de imaginación hiperbólica.
FOREWORREVIEWS

La tragedia de Fidel Castro es una Sátira política y religiosa, digna, sin duda, no solo de consumo, sino de reflexión.
JOURNAL OF GLOBAL FAULTLINES

Cerqueira demuestra ser un potencial gran nombre para el futuro.
CONTEMPORARY LITERARY REVIEW INDIA

Este libro tiene una profundidad increíble y unas conexiones que llevan a constantes análisis e investigaciones. La tragedia de Fidel Castro tiene una gran relevancia para nuestra sociedad hoy en día; lo recomiendo encarecidamente.
PORTLAND BOOK REVIEW

A la memoria de Pedro Barrote

«Oísteis que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen»

MATEO 5:43-44

La tragedia de Fidel Castro

Entre el 13 de mayo y el 13 de septiembre de 1917, Jacinta, Francisco y Lúcia, tres niños de la localidad de Fátima, en Portugal, declararon haber visto descender ángeles y a la Virgen María del cielo. Durante una de sus apariciones, la Virgen María les reveló tres secretos. Asimismo, los niños afirmaron que la Virgen les había anunciado que el día 13 de octubre llevaría a cabo un milagro. En dicha fecha decenas de miles de personas acudieron a Fátima y presenciaron una extraordinaria actividad solar. Esto supuso para los fieles la prueba definitiva de la intervención de la Virgen, si bien ninguna otra persona, ni en Portugal ni en el resto del mundo, fue testigo del fenómeno.

El evento, al que se le dio el nombre de «el milagro del sol», no fue reconocido por la Iglesia católica hasta el 13 de octubre de 1930. Uno de los secretos revelados por la Virgen María a los niños fue que Rusia se convertiría al Inmaculado Corazón de María y el comunismo pronto tocaría a su fin.

El 13 de mayo del año 2000, Jacinta y Francisco fueron beatificados por el papa Juan Pablo II en Fátima (Lúcia aún vivía).

«[...] Cuba es el único país donde en un proceso como este, en 28 años, jamás se ha utilizado la policía contra el pueblo. No hay un solo caso de una manifestación popular disuelta por la policía, no hay un solo caso de represión contra el pueblo en que se haya usado un perro o gases lacrimógenos o balas de goma. Eso que vemos todos los días en Estados Unidos y en Europa, contra los pacifistas, contra los huelguistas, contra los negros, no se ha dado jamás en 28 años. ¿Cómo se puede explicar eso sin el consenso pleno, sin el apoyo de todo el pueblo a la Revolución?»¹

FIDEL CASTRO

1. Minà, Gianni. *Un encuentro con Fidel*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1988, p. 37.

NOTA PRELIMINAR

Este libro es una obra de ficción y todos los personajes y siglas que en él aparecen son ficticios.

Por tanto,

Jesús no tiene nada que ver con Jesús, hijo de Dios, nacido en el año 0 y crucificado por los romanos treinta y tres años después;

Dios no representa a Dios, creador del mundo y de los hombres, ya que nadie ha podido nunca representarlo;

J. F. K. no es cierto presidente americano;

Fátima no tiene relación alguna con cierto lugar en el que dicen que ocurrió un milagro;

Fidel Castro podría compartir algunas similitudes con el líder revolucionario y dictador Fidel Castro.

El resto de los personajes, en principio, tampoco han existido nunca.

PRÓLOGO

Y AL SEGUNDO RING del teléfono, se escuchó la ansiosa voz de una mujer:

—Maestro, soy yo, la guerra va a dar comienzo...

—Oh, vaya por Dios —contestó Dios exasperado al escuchar la mala noticia.

Fátima, desilusionada al no haber recibido como respuesta una disertación filosófica digna de un tratado de aforismos o una parábola teológica de gran riqueza connotativa, replicó con cierta ironía:

—Así está el mundo...

Aunque Dios fingió no darse por aludido, se dio cuenta de que había defraudado las expectativas de su discípula e intentó enmendar su error:

—Un día de estos voy a enviar a mi hijo de vuelta a la Tierra, pero esta vez para repartir tirones de orejas.

Fátima, que a pesar de deplorar la violencia ya habría optado por repartir unos cuantos bofetones pedagógicos, se animó un poco:

—Él es el único que podría evitar la tragedia...

Dios se encontró de pronto entre la espada y la pared, obligado a demostrar una vez más su omnipotencia, un chasquido de dedos, chas, y listo; y se dio cuenta de que iba a verse obligado a intervenir. En ese momento su irritación se convirtió en nerviosismo —¿acaso no había ya dado pruebas suficientes?— y se despidió de Fátima con aprensión:

—Haré todo lo que esté en mi mano, pero no prometo nada...

Antes de hablar con su hijo, que, según las malas lenguas del Paraíso, andaba últimamente de mal humor, Dios decidió rezar un poquito (en latín, por si acaso). Después, con el alma revigorizada, fue a la habitación de Jesús y llamó con suavidad a la puerta:

—¿Se puede?

Jesús, que se encontraba en una forma excelente, como todos los resucitados, y era inmune a la maledicencia de los ángeles, propia de seres que desconocen el sexo al que pertenecen y que no hacen pis, lo recibió con una sonrisa.

—Ya sé lo que quieres de mí.

—¿Ah, sí?

—Claro, desde que subí al Cielo yo también soy omnisciente.

—Bueno... ¿Entonces querrías bajar a meter en cintura a esos impresentables? Ya sabes que ya no tengo edad de tener más hijos...

—No, señor. Ya tuve bastante la última vez. A saber lo que me harían...

—¿Tienes miedo de pasar desapercibido, de que los nuevos ídolos te hagan sombra?

Jesús se ofendió y puso mala cara; al fin y al cabo, era un hombre guapísimo, atlético, moreno y de ojos azules, un icono al que retrataban en cuadros y calendarios personas que nunca habían llegado a verlo. Un silencio puro ascendió a los Cielos. Un par de querubines aventuraron unos acordes de arpa para aliviar la tensión, pero el Creador los fulminó con sus ojos miopes y estos se apresuraron a retirarse con un batir de alas gallináceo. Finalmente, Dios, temiendo haberse excedido en su sarcasmo, optó por elogiar sentidamente a su hijo:

—Todos te aman; incluso los que no tienen fe te admiran. Eres la referencia fundamental de la humanidad...

Después de endosarle a Jesús la responsabilidad, esa vieja cruz que él no podría rehusar, Dios, que era partidario de observar los conflictos a distancia, de la teoría en lugar de la

práctica y de delegar responsabilidades, estuvo seguro de la decisión que tomaría su vástago.

Jesús se dio cuenta de que uno no debe discutir con sus progenitores (la experiencia pasada lo desaprueba), ya que solo desean nuestro bien, aun cuando no lo parece, y en ese momento comprendió que Salvador solo hay uno:

—Está bien, iré, pero vamos a esperar un poco a ver cómo se portan.

Dios sonrió como solo los dioses saben sonreír y la luz se hizo en el Paraíso.

Desesperada ante la creciente tensión, Fátima había llamado por teléfono a Dios para informarle de los desatinos terrenales que cometían sus criaturas. Acompañaba sus palabras de gestos explicativos de corte teatral para impresionar al Creador, que respondía a los mohines de Fátima con los enérgicos aspavientos propios de alguien que había creado el Universo en siete días. Si los dos hubieran estado cerca, si el Cielo y la Tierra no los hubieran separado, habría dado la impresión de que estaban furiosos el uno con el otro. Sin embargo, no era así. Simplemente tenían dificultades para expresarse; las palabras eran insuficientes para traducir la complejidad de sus pensamientos. De ahí que gesticularan con gran desenvoltu-

ra, pese a que la mímica divina no contribuía en absoluto a la conversación, dado que Fátima no alcanzaba a ver los dominios celestiales. No obstante, vistas desde la perspectiva aérea de Dios, su expresión corporal y las manchas de sudor que iban extendiéndose debajo de sus axilas dotaban su llamada de auxilio de una gran intensidad dramática.

La sensación de haber cumplido con su deber cívico le había dejado la conciencia tranquila, como quien llama a los bomberos para avisarlos de un incendio forestal y poder seguir viendo la telenovela sin remordimientos. Sin embargo, sospechaba que había sido inútil, ya que hacía tiempo que Dios se había desengañado de sus criaturas y, cansado de disparates e insensateces, había decidido abandonarlas a su suerte, cual jefe de bomberos harto de bromas pirómanas.

Cuando soñaba despierta, Fátima se convertía en una diosa que se aparecía ante tres pastorcillos para revelarles secretos. Le habría encantado que crearan un culto a su persona, un culto misterioso y controvertido que atrajera a millones de peregrinos de todos los rincones y credos de la Tierra. Fantaseaba con la idea de que erigieran un gran templo consagrado exclusivamente a ella en el que los numerosos fieles encenderían velitas, los píos comerciantes intentarían encasquetarles baratijas *made in Heaven* y correrían ríos de dinero inmaculado. Se deleitaba imaginando las discusiones teológicas entre creyentes y escépticos y los debates entre

especialistas de diversas áreas acerca de la veracidad de sus apariciones y los correspondientes milagros. A veces, cuando se levantaba inspirada, miraba el sol, esa bola de fuego que, a pesar de no moverse, gira alrededor de la Tierra, y sentía que, de ser necesario, habría sido capaz de moverlo, de hacerlo bailar, de encenderlo y de apagarlo.

J. F. K. soñaba con derrotar a Fidel Castro, «ese barbudo descendiente de gallegos», y reconquistar la isla. Desde el fiasco de la invasión de Bahía de Cochinos, la mayor vejación que había sufrido nunca, ajustarle las cuentas se había convertido en una obsesión. Los invasores habían sido mercenarios, compatriotas del propio enemigo, pero había sido su Gobierno el que los había entrenado. Por tanto, el gran derrotado había sido él.

En los atardeceres soleados solía contemplar el cielo desde el jardín de la casa pintada de blanco, indiferente a las picaduras de los mosquitos y al zumbido de los moscardones. En las formas de las nubes veía islas, barbas y puros. En momentos como ese solía confesarle a su fiel consejero que le hubiera gustado ser una persona como las demás y que lamentaba no haber podido enamorarse ni emborracharse con sus amigos cuando era adolescente.

Fidel Castro soñaba con una gran revolución mundial en la que los oprimidos de todos los rincones de la Tierra descenderían de las montañas y derrocarían a los tiranos. Se sucederían las nacionalizaciones, las expropiaciones y las colectivizaciones, y el comercio se vería reducido al intercambio infantil de cromos y de canicas. Él, claro está, sería el jefe absoluto e incontestable, y, ataviado con su uniforme militar, gobernaría al pueblo unido que jamás sería vencido. Sabía que para convencer a las masas tendría que dar ejemplo y ofrecerse voluntario para trabajar en el campo, para construir escuelas y hospitales y para erradicar el analfabetismo; también sería necesario inventar una consigna rimbombante en la que se mencionara a la Patria y a la Muerte, aunque todavía no la tenía clara. En los últimos tiempos, debido a las malas cosechas de caña de azúcar y a la desmotivación generalizada del pueblo, se había visto obligado a adoptar medidas pragmáticas que unos años antes habrían resultado impensables, como por ejemplo invertir en turismo, una práctica capitalista que él mismo había condenado en incontables discursos.

Ernesto, desencantado, había amonestado a Fidel mientras estaban pescando peces espada:

—¿No te das cuenta de que te has vuelto igual que aquellos a los que destronaste? A veces pienso que nunca fuiste un auténtico demócrata.

El Comandante había escuchado las críticas en silencio, dibujando hoces y martillos con el humo del puro. Mientras sacaba un pez del agua se había vuelto hacia Ernesto y, en un intento por limar diferencias, le había contestado:

—La dinámica de la revolución incluye fuerzas que no siempre podemos controlar; lo que tomas por desvíos no son más que etapas de la Historia destinada a liberar al ser humano.

El estertor final del pez espada dio fin a la conversación.

J. F. K.

MIENTRAS PASEABA POR LOS TERRENOS embarrados del mercado en compañía de dos agentes de paisano, J. F. K. contemplaba con satisfacción la efervescente actividad comercial, que atraía a compradores y vendedores procedentes de todas partes, incluida la tierra de Fidel. Ante estos últimos hacía la vista gorda y ponía la mano, pues los negocios son los negocios y no era cuestión de fastidiarlo todo por culpa del politiqueo. El idioma de las transacciones comerciales era un idioma puro. Se ceñía a los números, a las cifras y a los porcentajes, inmunes a la corrupción ética o ideológica. Así había sido siempre y así seguiría siendo; no le incumbía a él cuestionar la moralidad del sistema, ya que, al fin y al cabo, la culpa era de los principios y de los valores, que no habían sabido adaptarse a la evolución de la economía. Entre rigidez

paralizante y flexibilidad dinámica, la elección estaba bien clara.

Era un secreto a voces que había comerciantes intrépidos que le ofrecían a J. F. K. los mejores puros del enemigo y, a cambio, le llevaban a Fidel botellas de *bourbon*. Estos intercambios constituían el único nexo de unión entre los dos dirigentes, un nexo tan firme como la animosidad que los separaba. En Navidad, ambos competían enviándose lujosos regalos en una guerra fría cuyo objetivo era impresionar al enemigo. La calidad de la última caja de puros que había enviado el Comandante era excepcional, «muy superior a la del *bourbon* que le mandé yo», admitía J. F. K. entre vaharadas de cálido humo.

El ajetreo comercial, acompañado del tintineo de las monedas, ponía de manifiesto la vitalidad económica de su nación y lo llenaba de orgullo. Cuando la comparaba con la débil economía de la tierra de Fidel, que el Estado mantenía artificialmente, lo embargaban el éxtasis patriótico y la indignación nacionalista. Le resultaba incomprensible que el régimen castrista prohibiese la libre iniciativa comercial, descartando así la oportunidad de cobrarles impuestos a los ricos (arte que, lo admitía, exigía considerable esfuerzo e imaginación), y, además, asumiese la responsabilidad de cubrir todas las necesidades de la población cuando no tenía dinero para hacerlo. «Es obvio que Fidel desconoce la natu-

raleza humana». Aquella manía de hacerse el padrecito con los pobres le parecía al mismo tiempo ingenua y pedante. El estímulo de la recompensa constituía la fuerza motriz de la sociedad y colocaba a cada uno en el lugar que le correspondía, aunque a algunos, como a él, les estaban reservados asientos inamovibles.

No obstante, el ver cómo los nuevos fariseos se enriquecían desmedidamente lo hacía reflexionar con aprensión sobre las advertencias de su consejero, convencido defensor del papel regulador del Estado: «La patria de esa gente es el dinero; dees libertad, pero no los pierda nunca de vista».

Se hallaba entre la plebe, escuchando a los vendedores de remedios prodigiosos y a los pastores evangélicos que prometían curas milagrosas, cuando se encontró con un grupo de penitentes que deambulaba sin rumbo fijo. Lo integraban criminales reformados, prostitutas arrepentidas, enfermos mentales, ciegos y locos que se flagelaban con creciente furia, ofreciendo su sufrimiento a cambio de la redención. Sus oraciones culminaban en escalofriantes gemidos, componiendo una horripilante melodía que retumbaba en los oídos de quienes la escuchaban en la oscuridad de la noche. Todos parecían empeñados en demostrar que habían cometido la falta más grave y que debían el favor más maravilloso; la suya era una competición descabellada en la que se sumaban puntos en función de la cantidad de piel arrancada. El paso del

grupo turbaba a los espectadores al soliviantar sus demonios internos; lo que provocaba temor no era su locura, sino su soplo acusador, que encendía el fuego de la culpa. Aun así, una curiosidad morbosa los obligaba a contemplar el espectáculo de la demencia.

A pesar de que estaba acostumbrado a los sangrientos intentos de los seres humanos por acercarse al Cielo, J. F. K. no pudo evitar sentirse inquieto. «¿Hasta dónde llegará la locura de los hombres?». Algunos religiosos decían que la locura era señal del demonio, pero otros afirmaban que se trataba de una bendición divina, lo que le llevaba a preguntarse quién estaba entonces realmente loco. En cualquier caso, le surgían una serie de preguntas pragmáticas: «¿Y si alguien los convence de que la culpa no es suya, sino de quienes los gobiernan? ¿Y si un nuevo Fidel Castro los incita a rebelarse? ¿Y si el juicio final celestial desemboca en un ajuste de cuentas terrenal?». «¿Qué ocurriría entonces?», se preguntaba, lleno de ansiedad. Y se imaginaba al pueblo sublevándose, asaltando su blanca casa y fusilándolo.

A J. F. K. no le daba miedo enfrentarse al ejército del Comandante, lo que más temía era su mensaje subversivo: que las masas se emancipasen, que despertaran de su letargo y tomaran conciencia de su propia fuerza. Presidente solo había uno; generales, algunas decenas; en cambio, el pueblo, soldados incluidos, estaba formado por millones

de hombres y de mujeres. Su grandeza radicaba en que era capaz de utilizar esa poderosa fuerza colectiva para allanar el duro camino hacia la gloria a la que aspiraba. Al contrario que otros gobernantes, él era incluso capaz de hacer que se sintieran orgullosos del papel que desempeñaban, agradecidos por aquello de lo que carecían, casi felices de no ser nada.

¡Sí, era cierto: un presidente fuerte hace fuerte al débil!

Sin embargo, los pilares de esa relación eran la ignorancia, las mentes embrutecidas y las voluntades embotadas. Existían personas malvadas más peligrosas que ningún ejército que, unas veces bajo la apariencia de hombres de fe y otras bajo la de guerreros, pero siempre utilizando como arma la palabra, eran capaces de arrancar al pueblo de su atávica somnolencia y romper así el hechizo. Una vez despierta, lo único en lo que pensaría aquella bestia hambrienta llamada pueblo sería en devorar a sus amos.

J. F. K. era consciente de que bajo sus pies dormía un volcán que acabaría por entrar en erupción y de que la lava más ardiente le estaría destinada. Creía, no obstante, que para su Pompeya personal aún quedaba mucho tiempo. «Su ignorancia nos protege; si no los liberamos, seguirán odiándose entre ellos», pensó al mismo tiempo que contemplaba al grupo de penitentes, que, en ausencia de un Fidel Castro que les mostrase las ventajas de la rebeldía frente a la culpa y

de los derechos frente a los deberes, había incorporado a sus filas varios miembros más.

Mientras tanto, el interminable conflicto con Fidel lo consumía y él vagaba sin rumbo en un laberinto de estrategias condenadas al fracaso; tan pronto una nueva idea acudía a su mente, la rechazaba, como efímeras chispas de una razón atascada. Adonde quiera que se dirigiese, se topaba con alguna barrera y se veía forzado a regresar al punto de partida, y su cansancio iba creciendo con cada camino de vuelta. En esos momentos recordaba la habilidad diplomática que había empleado siempre que el uso de la fuerza había resultado desaconsejable, y a todos los hombres poderosos a los que había doblegado mediante argucias o dinero. Sin embargo, ni siquiera rememorar glorias pasadas le devolvía la confianza.

Continuó paseando sin rumbo, deambulando por las calles del mercado y por las encrucijadas del pensamiento, soñando con ese golpe de inspiración que se hacía de rogar. Una ráfaga de aire le acarició el cuello con dedos gélidos. J. F. K. se estremeció y se dio cuenta de que estaba solo. Miró entonces en dirección a ese abismo colgante llamado Cielo. Fascinado por su grandeza, que escapaba a los límites de la razón humana, comprendió la insignificancia tanto de su país, diminuta esquirola en un universo infinito, como de su propia existencia, fugaz resplandor en la oscuridad cósmica.

¿Se habría olvidado Dios de él?

Distinguió la casa solariega de J. E. Hoover bajo la luz del atardecer e instintivamente se detuvo. Cuando era pequeño, su aya inventaba historias macabras sobre su siniestra persona para obligarlo a tomarse la sopa, como que bebía sangre de animales o que les arrancaba la cabeza a mordiscos a los pájaros. En la actualidad era su principal aliado. Sin embargo, había quien decía que Hoover, que contaba con una vasta red de informadores, delatores y espías que le proporcionaban información íntima y comprometedor sobre todas las personalidades de la nación, era más poderoso que el propio presidente. Había quien decía que guardaba informes detallados que podían destruir la reputación de cualquiera, incluida la suya; que había ordenado pinchar teléfonos y violar secretos de sumario y que, por esa misma razón, tenía en sus manos, a merced del escándalo, a políticos y generales.

Aunque solía maldecir con saña a Fidel Castro en arranques de ira dignos de Catón al recordar Cartago, Hoover reservaba su odio más exquisito para el consejero, debido a la importancia que el presidente le concedía, como si tal deferencia ensombreciera la que a él le correspondía, pero también a que no había descubierto mancha alguna en su reputación (ni sexo, ni drogas, ni alcohol), por lo que no contaba con ningún as guardado en la manga con el que poder manipularlo.

El presidente se quedó mirando los dominios de J. E. Hoover durante algunos minutos mientras recordaba, con un extraño regusto a sopa de coles en la boca, las palabras que este había pronunciado durante el último Consejo de Estado:

«La naturaleza humana entraña una tendencia innata hacia la servidumbre y la sumisión, una extraña resignación ante los abusos que permite que las minorías domestiquen a las masas sin gran esfuerzo; por esa razón, los que prometen emancipar las masas las encierran en una celda como si fuera lo mismo; esa es la realidad, el único contrato social posible; no les creemos necesidades que desconocen, no les despertemos apetitos que podrían llevarlos a devorarnos; el pueblo es sucio, ruin y repulsivo, y lo único que quiere es pan y circo».

Estaban el presidente y su consejero reflexionando en silencio durante uno de sus conciliábulos, cuando el primero se puso a andar en círculos alrededor de la mesa y el segundo, rápidamente, lo imitó.

Vistos a través de los ojos compuestos de una mosca que se encontraba en el techo, sus cuerpos en movimiento constituían dos masas de forma y tamaño diferentes; la primera, grande y cuadrada, la segunda, pequeña y redonda.